

Michael J. Sandel, La tiranía del mérito. ¿Qué ha sido del bien común?

(2020) Debate
Barcelona, 364 pp.

Emanuela Cardoso Onofre de Alencar
Universidad de Barcelona
ORCID ID 0000-0001-8854-6291
emanuela_alencar@hotmail.com

Cita recomendada:

Cardoso Onofre de Alencar, E. (2022). Michael J. Sandel, La tiranía del mérito. ¿Qué ha sido del bien común?. *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, 22, 577-580.

DOI: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2022.6840>

Recibido / received: 10/02/2021
Aceptado/accepted: 09/03/2022

En sociedades con niveles de desigualdad económica cada vez más acuciantes, los argumentos que la justifican suelen apuntar al mérito de quienes triunfan: se dedicaron a sus estudios y alcanzaron una formación en universidades de prestigio que les permitieron ocupar puestos destacados y bien remunerados, desarrollaron las habilidades valoradas por el mercado y, entre otras cosas, se esforzaron mucho para estar donde han logrado llegar. Ocupar una posición social de prestigio «por mérito» les permite a los vencedores sentir orgullo de sus logros y les hace creer que su éxito tiene una justificación moral.

Una intuición social muy compartida es la de que el mérito es algo positivo: resulta de conjugar el talento con el esfuerzo. Pero algunos pensadores que se detienen a analizar esa idea, cómo funciona y qué efectos produce, suelen tener varios argumentos para cuestionarla. El título de la nueva obra de Michael J. Sandel traducida al español, *La tiranía del mérito. ¿Qué ha sido del bien común?*, indica cómo el autor se acerca a esta intuición.

Sandel aborda la idea de mérito en el marco de sociedades en que el desarrollo de la tecnología y una economía globalizada han producido importantes cambios en la estructura de las relaciones laborales y una desigualdad económica creciente. Eso ha resultado, entre otras cosas, en la pérdida de empleos por la deslocalización del trabajo, la estagnación de los salarios y la pérdida de reconocimiento y estima social. Si, por ejemplo, en los Estados Unidos de mediados



del Siglo XX los hijos podían aspirar con su trabajo a tener un nivel de vida superior al de sus padres, hoy suelen vivir peor. Los cambios recientes hacen que la movilidad social se haya estancado y el sueño americano, devenido en una ilusión para la mayoría de los estadounidenses.

La respuesta política a esas transformaciones y la desigualdad económica fue, según Sandel, defender la igualdad de oportunidades y estimular el ingreso en las universidades, a ser posible las de élite, para competir en el mercado y poder acceder a buenos trabajos y sueldos. Una buena educación desarrollaría habilidades y conocimientos valorados por el mercado, les haría más competitivos y certificaría el mérito de sus logros.

La otra cara de esa idea, ensombrecida y perversa, que no es dicha de forma explícita, pero es comprendida —e implícitamente aceptada— por todos, es que quienes no han ido a la universidad y no han accedido a buenos trabajos y sueldos, serían los culpables de su propio fracaso.

Sandel urge afrontar la idea de mérito e indaga:

¿En qué sentido se ha reformulado el significado de mérito en las últimas décadas para que ahora contribuya a erosionar la dignidad del trabajo y deje en muchas personas la sensación de que la élite las mira por encima del hombro? ¿Está justificada la creencia de los vencedores de la globalización de que se han ganado su éxito [y, por lo tanto, se lo merecen] o es simplemente el producto de una particular soberbia meritocrática? (p. 25).

El filósofo es muy crítico con la defensa de los políticos de la educación universitaria como la condición necesaria para acceder a un trabajo digno, recibir la estima social y así ascender en una sociedad muy desigual.

En primer lugar, como aborda en el capítulo 1, esa defensa crea una clasificación vinculada con el acceso a la universidad: los ganadores, quienes tienen un título universitario y ascendieron en la vida, y los perdedores, quienes no tienen estudios universitarios, ni buenos trabajos y sueldos.

[E]l reinado del mérito tecnocrático ha reconfigurado los términos del reconocimiento social de tal modo que ha elevado el prestigio de las clases profesionales con altas credenciales laborales y académicas, y ha despreciado las aportaciones de la mayoría de los trabajadores y, de paso, ha erosionado el estatus y la estima sociales de los que estos gozaban (p. 43).

En segundo lugar, como discute en el capítulo 3, otorga un peso enorme a la responsabilidad individual, que Sandel vincula con la capacidad de hacerse a sí mismo y dominar el propio destino. Eso implicaría que las personas son responsables por esforzarse para tener éxito, y que su destino está en sus manos. Si trabajan duro y se esfuerzan, triunfarán; su futuro solo depende de ellos. Esta sería, según Sandel, «la retórica del ascenso».

Pero en sociedades muy desiguales, el esfuerzo no siempre se traduce en éxito, lo que genera frustración y desesperanza. Las percepciones sobre la eficacia del trabajo como un camino hacia el éxito y la autosuficiencia individual tienen implicaciones para la solidaridad entre los ciudadanos. «Si se espera que toda persona que se esfuerza mucho tenga éxito, entonces quienes no lo tienen no pueden culpar a nadie de ello sino a sí mismas, y va a ser más difícil defender que se las ayude» (p. 98).

En tercer lugar, como defiende en el capítulo 4, crea un «credencialismo», es decir, un prejuicio contra quienes no tienen un diploma universitario, que promueve actitudes muy dañinas relativas al éxito y el fracaso: los ganadores se creen merecedores de sus logros y miran con arrogancia y desprecio a los perdedores, lo que despierta, a su vez, la ira y el resentimiento de éstos hacia aquellos.

El credencialismo genera una «soberbia meritocrática»: la tendencia de quienes están en la cima de creer que su éxito es una medida de su mérito y que, por otro lado, aquellos que se han quedado atrás también merecen su destino. Es la tendencia asimismo de olvidarse de su deuda con la familia, los profesores, la comunidad, el país y el tiempo que les ha tocado vivir como condiciones para el suceso del que disfrutaron. Cuanto más los ganadores perciban sus logros como mérito suyo, más difícil será ponerse en los zapatos de otros y tener un sentido de responsabilidad con el destino de los demás ciudadanos, incluso de aquellos que no han prosperado en la economía. Según Sandel, la soberbia meritocrática corroe los vínculos sociales.

Todo ello, en definitiva, produce la tiranía del mérito: la capacidad de esta idea de ocultar cómo la fortuna y la buena suerte actúan en la vida y favorecen a los afortunados de diferentes modos. La meritocracia alimenta la soberbia de los vencedores por algo que es irrelevante desde un punto de vista moral. «La tiranía del mérito nace de algo más que la sola retórica del ascenso. Está formada por un cúmulo de actitudes y circunstancias que, sumadas, hacen de la meritocracia un cóctel tóxico» (p. 96).

Sandel considera que la tiranía del mérito actúa en dos direcciones. Por un lado, afecta principalmente a los excluidos, tanto por no haber logrado tener éxito como por no haber aspirado a tenerlo en una sociedad en que los buenos trabajos y sueldos y la estima social están dirigidos a la clase de los profesionales. Pero esa tiranía también afecta a los vencedores: desfigura la infancia y la adolescencia de muchos jóvenes que se ven abocados desde muy temprano, por la presión de sus familias, a una carrera de preparaciones que les permita ser admitidos en una universidad de élite.

Parte del argumento del libro de Sandel es defender que, por el bien de todos, deberíamos reflexionar si esa competición desmedida es una buena manera de organizar la sociedad, y de alocar oportunidades y estima social.

Otra parte de su argumento es defender la dignidad del trabajo. Sandel no expone de manera clara y sistemática lo que entiende por esta idea. Sin embargo, da algunas indicaciones. La dignidad del trabajo consiste en ejercer nuestras capacidades para atender a la necesidad humana fundamental de ser necesarios para aquellos y aquellas con quienes compartimos una vida común. Esta idea se enmarca en una tradición que defiende que «somos más plenamente humanos cuando contribuimos al bien común y nos ganamos la estima de nuestros ciudadanos por la contribución que realizamos» (p. 272).

Para devolver al trabajo su dignidad, Sandel arguye que debemos afrontar dos cuestiones morales que subyacen en los sistemas económicos. La primera es saber qué clases de trabajo son dignas de reconocimiento, y la segunda, qué nos debemos los unos a los otros como ciudadanos.

Sandel propone contestar a estas preguntas en el marco de su filosofía política comunitarista. Defiende que para determinar qué es una contribución digna de reafirmación sería necesario que razonáramos juntos sobre los propósitos y fines de

la vida en común que compartimos, y solo podríamos hacerlo si tuviéramos un sentido de pertenencia, si nos concibiéramos como miembros de una comunidad con la estamos en deuda.

Solo dependiendo de otros –y reconociendo nuestra dependencia–, podemos encontrar buenas razones para apreciar sus contribuciones a nuestro bienestar colectivo. Para ello es necesario un sentido de comunidad suficientemente robusto como para que los ciudadanos pueden decir (y creer) que “todos estamos juntos en esto” (p. 284).

Aunque esta sugerencia parezca atractiva, me temo que hay muchos desacuerdos acerca de lo que nos hace plenamente humanos y de lo que es una vida buena de vivirse; la posición de Sandel siendo solo una de ellas. A pesar de eso, en algo hay más posibilidades de haber acuerdos: en la relevancia de reflexionar sobre el papel de mérito en un contexto de desigualdad económica amplia y creciente. *La tiranía del mérito* contribuye a estimular ese debate necesario.